

CATUCHE: ESPACIO PARA EL ENCUENTRO DE VALORES Y BUENAS NOTICIAS

Hubiese querido no tener que ser anecdótica para relatar mi experiencia en este barrio caraqueño, pues los investigadores hemos sido advertidos sobre los riesgos de perder la neutralidad y la objetividad de nuestros trabajos científicos. Sin embargo, el encuentro con Catuche y su gente estimuló la reconciliación con mi identidad, reconfortó mi optimismo y me recreó como venezolanísimo sujeto que, tocado por sus hallazgos, no tiene otro camino que recurrir a su subjetividad para compartir con esta anécdota lo que encontré.

Llegué a Catuche buscando información para la realización de una tesis de grado con la que culminaría mis estudios de post-gradó en el Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá en Guatemala. Inicié el trabajo con variables de estudio preseleccionados con la rigurosidad científica que la academia exige: validar la ocurrencia de estas variables en el barrio permitiría concluir sobre la existencia de factores condicionantes de la seguridad alimentaria en el hogar, teniéndose por ésta el grado de garantía que una familia tiene de contar con un acceso seguro y permanente a la alimentación necesaria para el desarrollo de una vida sana.

Susana Raffalli

Las primeras fases de la investigación fueron destinadas a definir los rasgos fundamentales que caracterizaban el contexto nacional en el que los hallazgos locales del barrio quedarían enmarcados. En consideración a la seguridad alimentaria había que dejar constancia de: la inestabilidad política y económica del país, el incremento alarmante de los niveles de pobreza registrados en la última década, la sensible reducción del mejoramiento de los indicadores de salud, los niveles críticos de suficiencia, estabilidad y autonomía del abastecimiento alimentario nacional y la necesaria transición de una Venezuela rentista a una Venezuela productiva, que hemos asumido con tanta confusión.

Tras algunos años de estadía fuera del país, esta actualización en el contexto nacional fue penosa, pero necesaria. A los hallazgos de este reencuentro debía sumar el contacto con venezolanos (principalmente clase media), que manifestaban con su pesimismo y preocupación, o simplemente con sus deseos de largarse, la afectación por una crisis de dimensiones aplastantes.

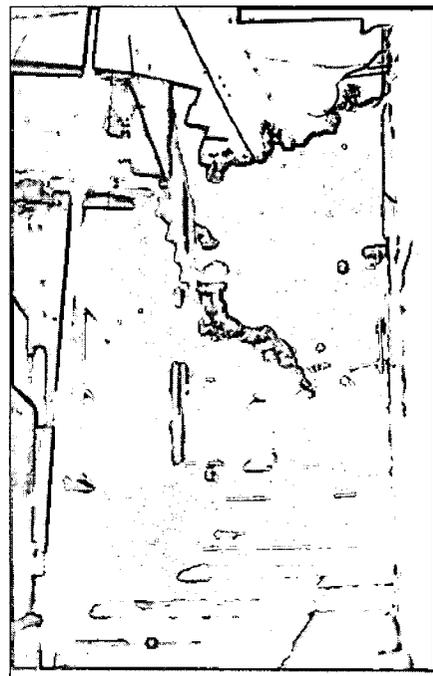
Emparamada por este aguacero de malas noticias, pesadumbre y derrotismo que cayó sobre mí llegué a Catuche e inmediatamente fui invitada a participar: «vamos a hacer una cayapa pa' limpiar la quebrada el sábado»... día de la semana en el que, por lo demás, resultó todo un detalle caminar por «el boulevard» y encontrar a la gente sentada en la puerta de sus casas, distraída en conversaciones que le hacían competencia a una música con el volumen suficiente para intuir esa especie de deseo colectivo de socializar un alboroto, aunque nada se celebre.

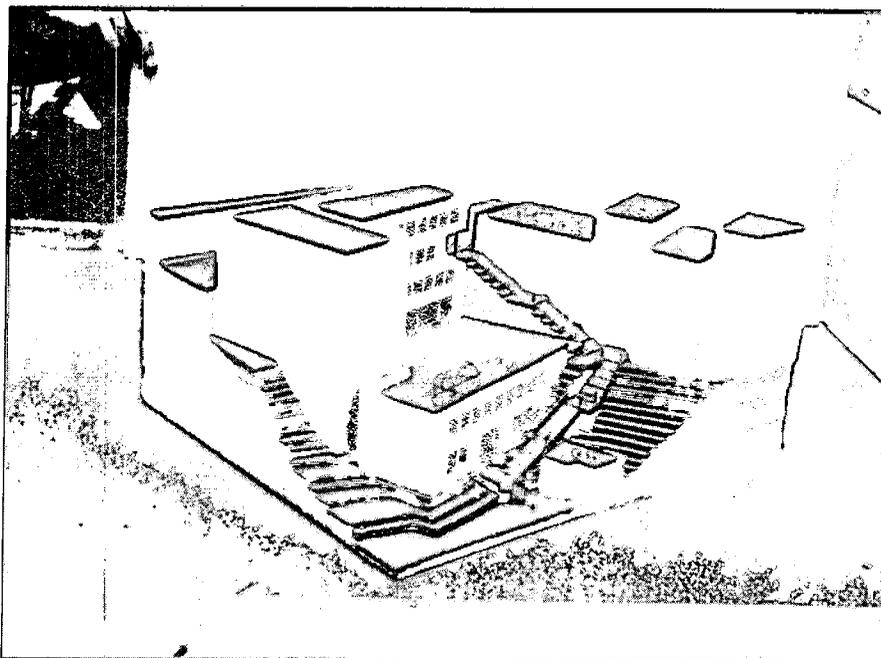
De la pesadumbre no nacen cayapas; ningún derrotista limpiaría una quebrada maloliente que tardará años en sanearse, y hacía mucho tiempo que yo no veía a nadie en Caracas conversando en el portal de una casa. En este barrio, por lo tanto, estaba pasando algo diferente, que era importante que se contara. En Catuche no encontré información, encontré gente; no encontré variables, sino valores, valores que quisiera contar.

ANIMOSA DISPOSICION A SOBREVIVIR

Se pudo identificar en el barrio, no sólo organizaciones de todo tipo —conservación del ambiente, prodeportes, prosalud, comunidades cristianas—, sino también diversas estrategias de sobrevivencia destinadas a maximizar la calidad de vida dentro de una situación nacional en la que todo tiende a minimizarla. Se pueden mencionar entre estas estrategias.

1. Diversificación de las fuentes de ingreso: un mayor número de miembros familiares trabajan, niños y adolescentes realizan trabajos ocasionales, las mujeres realizan actividades hogareñas que generen ingresos (reventas de bebidas, rifas, artesanía, elaboración de dulces, para la venta). Estas actividades han sido casi institucionalizadas como «el rebusque».
2. Modificación de los hábitos de compra: ante la imposibilidad de satisfacer las necesidades de consumo con opciones más o menos libres, se usa el «fiado» y la obtención de los alimentos en las cantidades determinadas por «lo que alcance para lo que uno lleva» («mandé a traer de la bodega cien





de queso blanco, cien de mortadela y cuatro huevos»).

3. Modificación de los patrones de consumo: lo más notorio es el cambio en el patrón alimentario. La dieta familiar ha pasado a ser monótona, con preponderancia de alimentos que brinden saciedad, pero de muy pobre valor nutricional. Ilustran este hallazgo testimonios como «la carne se perdió de Catuche», «trato de arregrarles unas sardinitas, o torticas de bofe», o «pasta y caraota para lo que salga».
4. Reestructuración del grupo familiar: familias extendidas o que cambian en estructura y estatus por la imposibilidad de sostener condiciones pasadas: «tuve que retirar a los muchachos de la escuela», «al niño lo mandé con mi hermana hasta que tenga con qué tenerlo aquí».
5. Autosubempleo y Autoexplotación: hombres y mujeres buscan tantas fuentes de ingreso como puedan asumir además de las que realizaban habitualmente (autoexplotación), y aceptan actividades de muy baja productividad (precarización y subocupación voluntarias).
6. Consolidación de redes sociales de intercambio: es la estrategia más importante, por cuanto puede estar presente en todas las anteriores. El intercambio entre vecinos, parientes y amigos no consiste sólo en bienes materiales, sino también servicios, información, apoyo emocional y búsqueda de recreación.

PRESERVACION DE LO VENEZOLANO

Podemos encontrar en las inmediaciones del barrio, la «Puerta de Caracas», desde la que tantos caminos se han abierto, el puente más antiguo de nuestra ciudad (Puente Carlos III), los restos de uno de los primeros estanques que nos surtieron con agua, y edificaciones que albergaron, entre otras nobles empresas, una escuela de copistas que jamás hubieran podido imaginar la frialdad de este triste mundo internetizado.

El paisaje humano de Catuche nos trae aún más bondades: tuve el privilegio de escuchar relatos sobre «los sabaneros» (Sabana del Blanco) que venían «con un alboroto a pasear por to' a esa quebrada»; de ser convidada a merendar con mazamorra de maíz; de tener por respuesta «la sopa, el seco, la arepa y el fresco», en la encuesta de hábitos alimentarios; de ver a los niños jugando con imanes, chapitas y rústicas patinetas, así como también a la ere, el escondite, la gallinita ciega y el pisé, sobre rayuelas alegres pintadas en un baúl de concreto, producto de la inmediatez que oculta el mal olor de la quebrada.

En una ciudad en la que no se pescan ni valores, indigestada de microondas y alimentos instantáneos, habitada por miles de niños que juegan con nintendo, power-rangers y patines modernísimos y

La mujer es la que sustenta, administra, cría, atiende, cohesiona y responde siempre en el hogar, aunque eso implique ser cómplice de su propio deterioro; puede llegar a ser un amplio registro de voces por el que se expresan desde la valerosa "hembra de aguante" hasta la más sensible madre, compañera, vecina y mujer.

que ponen a prueba la elasticidad de su imaginación (y la del bolsillo de sus padres) al resistir el bombardeo comercial de historias listas para el consumo, una cada año (la sirenita, la bella y la bestia, aladino, el rey león, pocahontas)... es casi una bendición volver a encontrar la simplicidad que preserva inocente todo lo que hemos sido.

SOLIDARIDAD

Puede encontrarse este valor, fundido con la generosidad y la lealtad, cruzando la trama de las redes sociales de intercambio identificadas en el barrio. Se puede poner en evidencia en la típica familia extendida, en la que hay espacio para un pariente que siempre puede caber bajo el mismo techo y compartir la misma olla, en la solicitud de préstamos («el martilleo»), en la mutua colaboración compartida para la atención de niños, para la limpieza del barrio, para el mantenimiento de comunidades cristianas.

En Catuche no se sobrevive solo, allí no falta «la comadre que me tiene las cosas en la nevera porque la mía no funciona», «que me le da un ojo al muchacho mientras yo voy a lavar» o «que me presta la cocinita cuando el gas no me llega al quince». Tampoco falta «el pana que me hace la segunda», «el primo que está aquí mientras consigue trabajo», «la vaca los domingos para comprar lo del sancocho» y el niño en cualquier casa que uno visite que no, «no es de los míos, pero se la pasa metido aquí».

LA MUJER: «COMPLETUD» HECHA VALOR

La mujer de Catuche, como toda mujer venezolana y latinoamericana en general, podría repartir sabiduría, resistencia y humanidad desde sus depósitos (siempre completos) de virtudes.

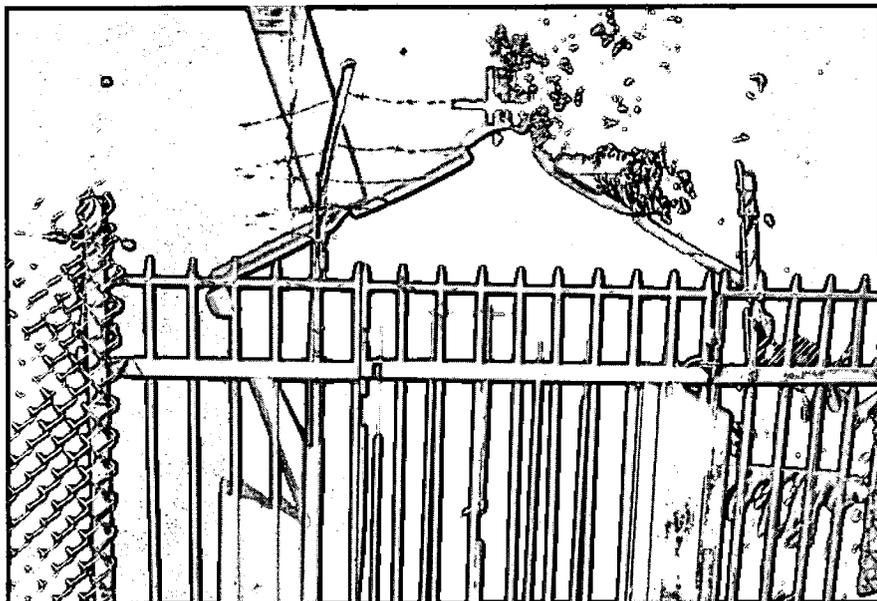
Es la mujer franca que se expresa por el «yo soy sola con mis hijos», para quien el hombre, cuando presente, es «un hijo más», que reconoce que «ella es la que sabe cuánto cuestan las cosas, la que se las arregla para que todo alcance». Es la que sustenta, administra, cría, atiende, cohesiona y responde siempre en el hogar, aunque eso implique ser cómplice de su propio deterioro. Es la última en comer, la que se enferma de «pensadera», la que «iba por el tinte para las canas» pero se «acordó que no teníamos mantequilla», y, por si no fuera suficiente, en el barrio es la que más participa en las actividades comunitarias.

El ama de casa en los hogares de Catuche puede llegar a ser un amplio registro de voces por el que se expresan desde la valerosa «hembra de aguante» hasta la más sensible madre, compañera, vecina y mujer.

RELIGIOSIDAD

La religiosidad en Catuche va más allá

La religiosidad en Catuche va más allá de la iglesia de la Divina Pastora



de los límites de la iglesia de «La Divina Pastora»: se encuentra adornada por flores en los altarcitos de algunas esquinas, se pasea junto con la imagen de la Virgen que pasa de casa en casa recibiendo posada; se celebra en la Semana Santa o con motivo de la «Cruz de Mayo» o «La Paradura del Niño»... y se comparte en el seno de las comunidades cristianas quedan fe de «los vuelcos maravillosos que se han dado en este barrio desde que comenzamos a trabajar» con el apoyo del sacerdote: «Nombrar a Joseíto basta y sobra..., y que Dios le dé vida y salud...».

CONCLUSION

No sería honesto asumir que Catuche es sólo un ramillete de valores, aunque fuera esto lo que se quiere resaltar, en una sociedad en la que de males, crisis y culpas, se habla demasiado. En Catuche como en cualquier barrio de Caracas, se confrontan graves problemas. En él tiene validez, no sólo los restrictores de la seguridad alimentaria, sino todas las razones y consecuencias de la inseguridad social generalizada que existe en el país. Catuche no es la excepción en la ocurrencia de violencia, vicios, juegos de azar, viveza, «azotes de barrio» y maltrato infantil.

Sin embargo, abro un espacio para

preguntarme si el individualismo de esta postmodernidad a ultranza, el neoliberalismo económico asumido con torpeza y la búsqueda de una «Venezuela Competitiva», sin reconocernos primero como sujetos éticos llenos de valores, resultan menos violentos que la violencia en la que esta gente simple sobrevive. Me pregunto si no han «azotado» más al país nuestra indiferencia, los prófugos banqueros y el Estado que avala cada desastre con desaciertos y auxilios que se reparten a granel como si a nuestra gente le «faltaran las penas o le sobrarian las cenas».

Me pregunto, por último, si el malestar social vigente en el barrio no es el mecanismo por el cual se intenta alcanzar un nivel de vida que la marginación y la crisis de nuestras actuales circunstancias no facilitan. Si las estrategias de sobrevivencia y las redes sociales, identificadas, además de ser la expresión de un pueblo proactivo que no se queda sentado o el ejercicio de una sabiduría cotidiana que les permite ganarse el día a día, no son, también, una suerte de sustitución de un Estado que fracasa cada vez en su rol redistributivo de una política social errática, politizada inconsistente y discontinua y de una sociedad en la que todos aparecemos como responsables de la crisis, por obra, y a veces por omisión, del ejercicio de nuestras responsabilidades.

Quizas el reconomiento, la exaltación y la preservación de nuestros valores, de lo que somos en nuestro origen y de nuestras potencialidades, sea un paso necesario que usualmente no damos. Estoy convencida de que las acciones que nos permitirán ponernos del lado de quienes más nos necesitan deberán nacer de los valores e iniciativas que ya ellos ejercen, para avalarlas y fortalecerlas. Precisamente por esto me sentí comprometida a expresar que Catuche está lleno de simplicidad, de buenas noticias, de instantes optimistas, y actos de fe. Somos varios los venezolanos que encontraríamos en Catuche muchas lecciones que aprender. □

Susana Raffalli es estudiante venezolana de Postgrado en Nutrición en el Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá